



e-l@tina

Revista electrónica de estudios latinoamericanos

[e-l@tina](#) es una publicación del
Grupo de Estudios de Sociología Histórica de América Latina ([GESHAL](#))
con sede en el
Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe ([IEALC](#))
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Buenos Aires

Texto en homenaje a Gregorio Weinberg. ¿Quiénes son los “dueños” del pasado?

María Rosa Lojo

Escritora. Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Argentina. Correo electrónico: maria_r_lojo@yahoo.com

Recibido con pedido de publicación: 12 de enero de 2006

Aceptado para publicación: 4 de marzo de 2006

Resumen

Texto en homenaje a Gregorio Weinberg. ¿Quiénes son los “dueños” del pasado?

Este lema provocativo: “¿Quién se adueña del pasado: el historiador, o el novelista?”. Pocos estudiosos se han ocupado tanto y tan brillantemente del pasado en la Argentina, como Gregorio Weinberg. Y ninguno ha tenido la inmensa generosidad intelectual de consagrar años de su vida a una empresa como la colección “El pasado argentino”, que brindó a tantos estudiantes lo mejor de la producción literaria, filosófica e histórica de nuestras letras, que reeditó textos inhallables y exhumó autores desaparecidos. La pregunta convocante me parece un falso dilema: nadie puede “adueñarse” del pasado, ni los historiadores, ni los novelistas, ni los psicoanalistas siquiera, aunque muchos de ellos seguramente lo desearían. En todo caso, los narradores/as argentinos de estas últimas décadas, que nos hemos volcado con particular interés a la ficcionalización del pasado nacional -y en ese sentido nos cruzamos en el camino de los historiógrafos- vemos los mismos hechos desde un ángulo no rival, sino complementario, y conviene recalcarlo, con distintos fines.

Palabras clave: historia; novela; Gregorio Weinberg

Summary

Text in Honor of Gregorio Weinberg: ¿Who are the “Owners” of The Past?

Many writers and historians have been asked to join a debate, on the basis of their own practice, on this provocative issue: “¿Who owns the past: the historian or the novelist?”. Few scholars have worked so much and so brilliantly on the past in Argentina as Gregorio Weinberg. And none of them has had the immense intellectual generosity of dedicating years of their own life to such an enterprise as the Collection “El pasado argentino”, that provided so many students with the best of the literary, philosophical and historical production of our Arts, reprinting texts that were impossible to find and exhumed authors that have disappeared. The question above seems to be a false dilemma to me: nobody can “own” the past, neither historians, nor the novelists, not even the psychoanalists, even if many of them would certainly like to. At any rate, Argentine narrators of the last decades, who have showed particular interest in the fictionalization of the national past –and in this sense we have crossed the road to the historiographers side-, see the same events not from a rival angle but a complementary one, and it is worth underlying it, with different purposes.

Keywords: history; novel; Gregorio Weinberg

En homenaje a Gregorio Weinberg*

No encuentro mejor consigna, para unirme a este homenaje a Gregorio Weinberg, que la propuesta en un debate reciente, planteado en la Feria del Libro de Buenos Aires. Varios escritores e historiadores fuimos reunidos para discutir, a partir de nuestra propia práctica, este lema provocativo: “¿Quién se adueña del pasado: el historiador, o el novelista?”. Creo, por cierto, que pocos estudiosos se han ocupado tanto y tan brillantemente del pasado en la Argentina, como Gregorio Weinberg. Y ninguno ha tenido la inmensa generosidad intelectual de consagrar años de su vida a una empresa como la colección “El pasado argentino”, que brindó a tantos estudiantes lo mejor de la producción literaria, filosófica e histórica de nuestras letras, que reeditó textos inhallables y exhumó autores desaparecidos. Aunque hubiera deseado presentar un trabajo de mayor envergadura, el breve plazo de entrega fijado no me lo permite. Espero pues, que una reflexión sucinta –y ojalá oportuna- sobre esta cuestión, no esté de más.

Ante todo, cabe adelantar que la pregunta convocante me parece un falso dilema: nadie puede “adueñarse” del pasado, ni los historiadores, ni los novelistas, ni los psicoanalistas siquiera, aunque muchos de ellos seguramente lo desearían. En todo caso, los narradores/as argentinos de estas últimas décadas, que nos hemos volcado con particular interés a la ficcionalización del pasado nacional¹ –y en ese sentido nos cruzamos en el camino de los historiógrafos- vemos los mismos hechos desde un ángulo no rival, sino complementario, y conviene recalcarlo, *con distintos fines*.

Es cierto que –desde la teoría y desde la práctica- se han acercado cada vez más los itinerarios de la ficción histórica y de la historiografía. Ésta se hace cargo de áreas que se abandonaban preferentemente a las ficciones, como la de la vida privada y la vida cotidiana, la del sujeto colectivo que ha “hecho la historia” sin figurar en sus ilustres anales.² Trabaja asimismo con creciente intensidad en el territorio fronterizo de la biografía, en el lado íntimo y oculto de personajes célebres y llega a utilizar a veces técnicas y estrategias propias de la novela.³ Desde nuevas teorías de la historia (Hayden White) se insiste en el carácter eminentemente *subjetivo* y *valorativo* de un relato de los hechos que no puede ser sino *interpretación*, partiendo de un “recorte” elegido por el intérprete. La coyuntura del siglo, que pone en crisis los conceptos tradicionales de “razón” y de “verdad”, promueve el diseño de un nuevo tipo de “verdad comprensiva” que se articula en la trama simbólica del relato. “Poesía” e “historia” se aproximan así, sutilmente.

Pero también existe, entre historiador y novelista, una irreductible *diferencia intencional*. Mientras que el historiador se propone como prioridad el conocimiento del pasado y a esta empresa subordina su obra, el novelista somete su elaboración del pasado al universo de sentido de *su propio mundo estético*, que se despliega en una escritura con vocación predominante de autorreferencialidad y autonomía.

* Texto publicado originariamente en Agustín Mendoza, compilador, *Del Tiempo y las Ideas. Textos en honor de Gregorio Weinberg*, Los hijos de Gregorio Weinberg, Buenos Aires, 2000, pp. 285-292. Tomado de http://www.mariarosalajo.com.ar/dela/capitulos_dela.htm

¹ Me he ocupado particularmente de la cuestión en el trabajo “Historia y ficción en la novela argentina contemporánea”, *Literatura: Espacio de contactos culturales*, IV Jornadas Nacionales de literatura comparada, San Miguel de Tucumán, Comunicarte, 1999, pp. 83-93.

² Fernando Aínsa destaca esta vasta apertura temática, que incluye desde “historias del pudor” hasta “historias del poder”; cfr. “Nueva novela histórica y relativización del saber historiográfico”, *Casa de las Américas*, Año XXXVI, N° 202, enero-marzo 1996, 9-18.

³ Un caso emblemático, a mi juicio, de texto fronterizo, que utiliza procedimientos novelescos con fines historiográficos es *Soy Roca*, de Félix Luna (1ª ed 1989), empezando por el relato en primera persona. Otras biografías, como *Mariquita Sánchez, vida política y sentimental*, de María Sáenz Quesada, o la nueva serie de “Biografías amorosas” lanzada en 1999 por editorial Planeta, aunque se ocupan de aspectos ciertamente privados, observan una metodología de trabajo y exposición más cercana a la biografía histórica tradicional.

Texto en homenaje a Gregorio Weinberg. ¿Quiénes son los “dueños” del pasado? María Rosa Lojo

La novela aspira a situarse más allá de toda sumisión a un referente externo, aunque opere también, con respecto a lo real, como “ficción heurística” (Paul Ricoeur), como “modelo metafórico de conocimiento”⁴.

Permitaseme una anécdota ilustrativa y, ¿por qué no?, “histórica”. Media la década de 1860. Estamos en París, en los salones quizá demasiado brillantes de la emperatriz Eugenia de Montijo. Una señora joven, bonita, inteligente y desconocida, se acerca a un señor maduro, ni bonito ni feo, inteligente también, y él sí, sobradamente conocido por su fama literaria. La señora parece inofensiva, pero tiene punzantes intenciones vindicatorias ocultas en cada golpe de su abanico y en cada una de las frases ingeniosas que le dedica al caballero maduro. La exhibición de talentos no persigue, como podría pensarse, fines de conquista amorosa. Es parte de una sutil venganza de la dama, aunque el hombre célebre no lo sospecha aún. Por fin, ya segura del efecto producido, ella se decide a preguntarle:

–“Dígame, maestro, ¿a usted le parece que mi característica es la de una persona excepcionalmente exótica que revela muy distinta cultura y civilización?”

–“¿Por qué me lo dice, señora?” –le contesta el aludido, nada menos que Alejandro Dumas, el de *Los tres mosqueteros*.

“Simplemente porque en su libro *Montevideo ou la nouvelle Troie*, violentamente sugestionado por los implacables enemigos de mi tío Rozas, me describe usted a mí como una salvaje que trepa a los árboles con el pelo suelto, profiriendo gritos desaforados, a modo de india brava. Todo ello es falso, maestro, ha sido sorprendido en su buena fe.”

Dumas debe de haberla mirado con una buena dosis de ironía, y por qué no, de simpática fascinación también: tan seria, tan enojada bajo la sonrisa, tan aguda. Tan linda, en fin. Y así le contestó, sin perder la calma:

–“*L’histoire, Madame, n’est qu’un clou auquel j’accroche mes tableaux*”⁵

La dama era Eduarda Mansilla, a quien yo también he tenido la insolencia de pintar en un cuadro propio,⁶ colgada del clavo de la Historia. Creo que la trato mucho mejor de lo que la trató Dumas, desde luego. Es más, siento por ella, bajo todos los cruces posibles del debate, una profunda solidaridad de género y profesión. Pero la respuesta del padre de D’Artagnan –maestro de todos los que jugamos con el pasado, aunque lo hagamos desde una estética diferente- me atañe, claro, como la atañía a Eduarda misma, que ya había escrito para ese entonces una novela tan histórica como bellamente fantasiosa: *Lucía Miranda*, publicada en Buenos Aires en 1860.

¿Qué hay de cierto, nos preguntamos, en la *boutade* de Dumas? ¿Qué es la historia, entonces? ¿En qué sentido chocan los derechos y los límites de la historiografía y de la novela? ¿Qué es, en fin, el pasado? ¿Existe algo más paradójico, a la vez más irreparable y más cambiante? ¿Algo más definitivo y más efímero? ¿Algo de más extraña consistencia que esa huella de lo ya vivido que empero parece modificarse y crecer y madurar con nosotros mismos? Sin duda, se nos dirá, no son los intocables, y en definitiva incognoscibles “hechos en sí”, lo que cambia. Va cambiando, junto con nosotros, su interpretación. “¿No le parece a usted que en la vida sólo nos pasan dos o tres cosas, y que éstas nunca acaban de transcurrir? Aunque uno crea que vive de otra manera y que es otra

⁴ Hay casos en que ni siquiera es necesario plantearse la “diferencia de finalidad”. Muchas obras de la llamada “nueva novela histórica”, según la expresión acuñada por Seymour Menton, quiebran el canon abiertamente el canon realista, introducen elementos míticos, maravillosos o fantásticos, distorsionan deliberadamente los hechos con omisiones, hipérbolos o anacronismos, lo que las separa del relato historiográfico en forma inmediata.

⁵ La anécdota está tomada de las heterodoxas y varias memorias de un hijo de Eduarda, Daniel García- Mansilla, *Visto, oído y recordado*, Buenos Aires, Kraft, 1950, p. 64.

⁶ La novela *Una mujer de fin de siglo*, Buenos Aires, Planeta, 1999.

Texto en homenaje a Gregorio Weinberg. ¿Quiénes son los “dueños” del pasado? María Rosa Lojo

persona y que habla en otro idioma. Durante años, señor Victorica, el pasado queda a nuestra custodia, como un documento cerrado que antes no se podía abrir, ni descifrar, hasta que lo vamos comprendiendo, y en esa comprensión lo modificamos”, eso dice Manuela Rosas, no la real, sino la que imaginé y que también es real, de otra manera.⁷

Nuestra vida, al fin de cuentas, no sería sino una constante, frágil, móvil y maleable lectura del pasado sobre la que apoyamos la escritura de nuestro presente. Seguiremos leyéndola hasta que la muerte nos deje ciegos. Sólo del otro lado de la muerte –pretende la fe-, alcanzaríamos la luz de un conocimiento absoluto: “Ahora vemos por espejo, oscuramente, mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido.”, creyó San Pablo. Pero lo cierto es que vivimos, tan sólo, de *este lado*. Esa luz meridiana, si la hay, no es de este mundo. Cuando dejemos de aprender, otros nos leerán, si hemos logrado interesarles lo suficiente, si las obras logran romper las puertas de esa pequeña casa de silencio y olvido donde involuntaria e inexorablemente encerramos a los que nos precedieron.

¿Qué leeremos, entonces, en esas vidas pasadas, y por qué? ¿Qué buscaremos en ellas? ¿Una reconstrucción minuciosa e imposible a partir de huellas parciales, de restos mutilados? ¿La también imposible penetración en las motivaciones y los pensamientos secretos de seres desaparecidos? ¿La “verdad” de ese pasado? Más bien creo que **nos** buscamos en el agua inestable de aquellos espejos. Buscamos la patria presente entre los sueños y las traiciones del ayer, buscamos el rumbo de nuestro futuro en ese inmenso salón de los pasos perdidos que es la memoria de la comunidad, donde aun lo extraviado, lo ilegible, lo inútil, parece cobrar sentido y razón si logramos colocarlo en el marco creativo de la mirada. Queremos encontrar, acaso, lo que **permanece** en aquello que **cambia**, los **valores** que en cada momento histórico dan espesor y orientación a la existencia. Volviendo a Dumas: ignoramos si en realidad Luis XIII era un pelele en manos de un inteligente y siniestro cardenal Richelieu, si de verdad el duque de Buckingham estuvo alguna vez enamorado de la seductora Ana de Austria -bastante fea y desabrida, a juzgar por nuestro gusto actual y por sus retratos-. Nadie creerá que el duque inglés fue asesinado por instigación de la inexistente Milady de Winter, ni que cuatro mosqueteros cruzaron de París a Inglaterra para traer unos herretes de diamantes que hubieran podido probar la infidelidad de la Reina de Francia. Pero además, ¿importa todo eso? Es otra cosa lo que generaciones de lectores hemos hallado en la saga de Dumas. Cuando concluimos con *Los tres mosqueteros* y *Veinte años después*, tal vez no hayamos averiguado mucho sobre la economía francesa de la época, sobre las causas de las guerras, sobre la Fronda o el regicidio de Carlos I. Pero nos llevamos otros saberes y experiencias que no pueden darnos los meros documentos: conocemos un poco mejor las mudanzas de la fortuna, la ingratitud de los poderosos, la lealtad, la traición, y la venganza, el tránsito de los ideales juveniles al escepticismo melancólico de la madurez. Comprendemos algo más sobre las malas pasiones, el amor loco, los sueños de gloria, la amistad varonil, el conflictivo afecto entre padres e hijos, el bien y el mal en cada uno de nosotros, los valores del siglo XVII y los del romántico siglo XIX en el que Dumas ideó las aventuras de su magnífica imaginación retrospectiva, usando muy bien -sin competir los historiadores porque lo suyo era otra cosa- el clavo de la Historia para colgar los cuadros de sus grandes novelas. Y sin duda, conoceremos, sobre todo, la transfigurada experiencia vital, la cosmovisión y la poética de un escritor.

Mis libros de ficción han diseñado “dobles” de varones y mujeres que alguna vez estuvieron afuera, en la pared, del lado de la Historia. No sé si se “parecen” a sus modelos: si Lucio Victorio Mansilla y su hermana Eduarda, si Manuelita Rosas y don Pedro de Ángelis responden a cómo los he imaginado. Sería un exceso pretender sobre ellos ese conocimiento total que no tenemos ni siquiera

⁷ En la novela *La princesa federal*, Buenos Aires, Planeta, 1998.

Texto en homenaje a Gregorio Weinberg. ¿Quiénes son los “dueños” del pasado? María Rosa Lojo

de nosotros mismos. Lo importante no es, para mí, “re-construir” sus personas empíricas, sino “construir” su imagen novelesca a partir de la huella o estela de sentido que sus vidas ya inasibles dejaron en la Historia. En sus figuras conjeturales he querido pintar el mapa de la condición humana, y también el mapa profundo de nuestro país. Otros mucho más ilustres nos han precedido en esa extraña tarea que tiene tanto de atrevida hechicería:

Sombra terrible de Facundo! Voi a evocarte, para que sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas, te levantes a explicarnos la vida secreta i las convulsiones internas que desgarran las entrañas de un noble pueblo! Tú posees el secreto: revélanoslo!”

Sarmiento, acaso nuestro primer novelista (si hubiese acuerdo en clasificar a su *Facundo* como una novela, y si hubiese acuerdo, también, en cuanto a lo que es una novela) manejaba magistralmente las magias de la reverberación simbólica. De su parcial y apasionado Facundo Quiroga está excluido el militar y gran señor riojano que sabía escribir y también pensar de acuerdo a razones e intereses fundados, y que bailaba contradanzas en los salones de Buenos Aires. Pero gracias a Sarmiento, su enemigo político, Facundo llegó mucho más lejos: se convirtió en el centro simbólico de un mito nacional, en uno de esos brillantes coágulos de significado y valor que interpretan y congregan los sentimientos y deseos de la comunidad: un eslabón identitario en la cadena de la memoria. Ese núcleo “bárbaro” ambivalente, fascinante e irreductible, que atraviesa todas las lecturas –aun las revisionistas- de la vida del caudillo, y que Sarmiento relevó y proyectó – con fortuna que dura hasta hoy- en el imaginario argentino. *A través del personaje histórico Juan Facundo Quiroga, transformado en personaje literario, se articulan y traslucen, pues, los fantasmas de la comunidad, las tensiones en pugna de la vida argentina, sus terrores y sus sueños.*⁸

Lucio y Eduarda Mansilla, Manuela Rosas, Pedro de Ángelis, son también para mí eslabones identitarios, cifras humanas del drama secular que continuamos actuando hoy: la civilización y la barbarie, los vínculos complejos entre el poder y el erotismo, las luchas de las mujeres por ampliar y transformar los estrechos “roles de género”. Volver a tramar sus vidas en la novela, junto a personajes que jamás existieron “del lado de afuera”, o a seres irreales del mundo maravilloso (como en el caso de Lucio),⁹ ha implicado para mí crear vasos comunicantes entre el hoy y el ayer, para que la voz presente pueda hablar desde ellos, para que sus sombras retornen en una nueva carnadura luminosa que nos muestre, por la visión poética, los cuartos oscuros de historias olvidadas y nos incite a comenzar lecturas inéditas de lo que ya creíamos conocer.

⁸ Sarmiento fue el primero en tener conciencia de este desplazamiento entre el Facundo histórico “real” y su personaje. Volvió siempre a meditar sobre el balance y ajuste entre la “verdad histórica”, las necesidades políticas y el elemento estético. Defiende primero las incorrecciones de su obra, en la dedicatoria a Valentín Alsina, que figura en la edición de 1851: si bien reconoce la justicia de las observaciones que Alsina le ha hecho, reivindica al libro de combate como tal, y recalca tanto su popularidad, que ha llegado hasta los mismos gauchos, como “la lozana i voluntariosa audacia de la mal disciplinada concepción”, que prefiere dejar en su estado prístino (Cfr. *Facundo*. Prólogo y notas de Alberto Palcos, Tomo I, Buenos Aires, ECA, 1962, p.21). Treinta años más tarde, en el comentario que le inspira la traducción al italiano del *Facundo*, sigue privilegiando, por sobre la exactitud histórica, la vitalidad de la “verdad simbólica”, que ha convertido al libro en “un mito como su héroe” (según ya le ha dicho a Alsina en 1851) y a la Pampa en territorio poético: “No vaya el escalpelo del historiador que busca la verdad gráfica a herir en las carnes del *Facundo*, que está vivo: no lo toquéis! así como así, con todos sus defectos, con todas sus imperfecciones, lo amaron sus contemporáneos, lo agasajaron todas las literaturas extranjeras, desveló a todos los que leían por la primera vez, y la Pampa Argentina es tan poética hoy en la tierra como las montañas de la Escocia diseñadas por Walter Scott.” (*op. cit.*, p. 455).

⁹ Me refiero a la novela *La pasión de los nómades*, Buenos Aires, Atlántida, 1994.

Texto en homenaje a Gregorio Weinberg. ¿Quiénes son los “dueños” del pasado?
María Rosa Lojo

Si bien lo pensamos, Eduarda Mansilla, colega de Dumas, se enojó con él injustamente: no sólo porque Dumas tenía derecho a dibujar con libertad a su doble imaginaria en un mundo paralelo, sino porque acaso vio en ella, con otras intenciones y sin conocerla, un aspecto de sí misma que la propia Eduarda aún no había descubierto: la violencia y la salvaje voluntad de esta transgresora talentosa que años más tarde alertaría a próximos y ajenos sobre la “barbarie de la civilización”, en *Pablo, ou la vie dans les Pampas*,¹⁰ y que terminaría cruzando el océano sola (dejaba a marido y seis hijos en Europa) para intentar cumplir, como Nora Helmer –a un precio inhumanamente alto- su elegido destino de artista.

Por lo demás, en el cuadro donde la he atrapado para invocarla, estamos incluidos nosotros también. En este fin de siglo, como en el anterior, sigue abierto el debate para diseñar una “identidad de género” que permita un juego más flexible a las opciones y vocaciones individuales. Y sigue abierta, dolorosamente, la construcción de un lugar en el mundo para la Argentina, colocada en la “barbarie” y la “periferia” –como lo vio muy bien la lúcida y nómada Eduarda- por la mirada de los poderosos.

Nosotros, los lectores y autores del presente, somos el último avatar del tiempo y de sus novelas. Después de todo, del clavo de la Historia cuelga siempre el cuadro de un pasado inconcluso que las generaciones tienen la ilusión de terminar, cada una a su turno, con un estilo propio.

¹⁰ Publicada en París por la Casa Lachaud, en 1869.